



Examen de una tapicería en el taller de zurcidura

rable resultado de ciencia y habilidad técnica; pero esta misma superioridad es el signo de una producción que va á morir, porque pierde su razón de ser.

Antiguamente el trabajo de la alfombra estaba en relación con su destino: dibujo amplio, fabricación ni grosera ni acabada con exceso de finura y capaz de sostener el roce de un largo servicio. La alfombra es un terciopelo y el dibujo que se forma en el espesor de las lanas es sensible al menor contacto y se aplasta.

Cuando el dibujo tiene grandes proporciones, los pies que lo pisan no alteran sus líneas esenciales, sino que permanece aparente á pesar de los choques y rozamientos que han destruído la pureza de sus contornos; pero en los asuntos minuciosos, el peligro es mayor: un talonazo basta para deformar una cabeza, una mano, un desnudo. No quiero hablar de los daños del apaleo y de la escoba. Como el terciopelo, la alfombra tiene un sentido y cepillándola por su anverso, toma esos brillos falsos, esas aguas de muaré que le dan un aspecto desconocido.

Todas estas causas disolventes han hecho reflexionar á muchos hombres de buen sentido, los cuales creen impropio entregar al grosero roce de los pies obras de arte de gran precio, y se ha imaginado renunciar al uso de las alfombras para los pies y darles el mismo destino que á los tapices colgándolas en las paredes.

Este nuevo destino no nos parece conforme con su naturaleza. Como todos los tapices, los productos de la Jabonería ofrecen, por el espesor mismo de su lana, un aspecto resistente, macizo y cálido, y sientan á las mil maravillas en el suelo.

Pero en las paredes habrían de producir el más penoso efecto con su pesadez, que naturalmente abrumaría nuestra vista. Muchas de las que figuran en la Exposición uni-

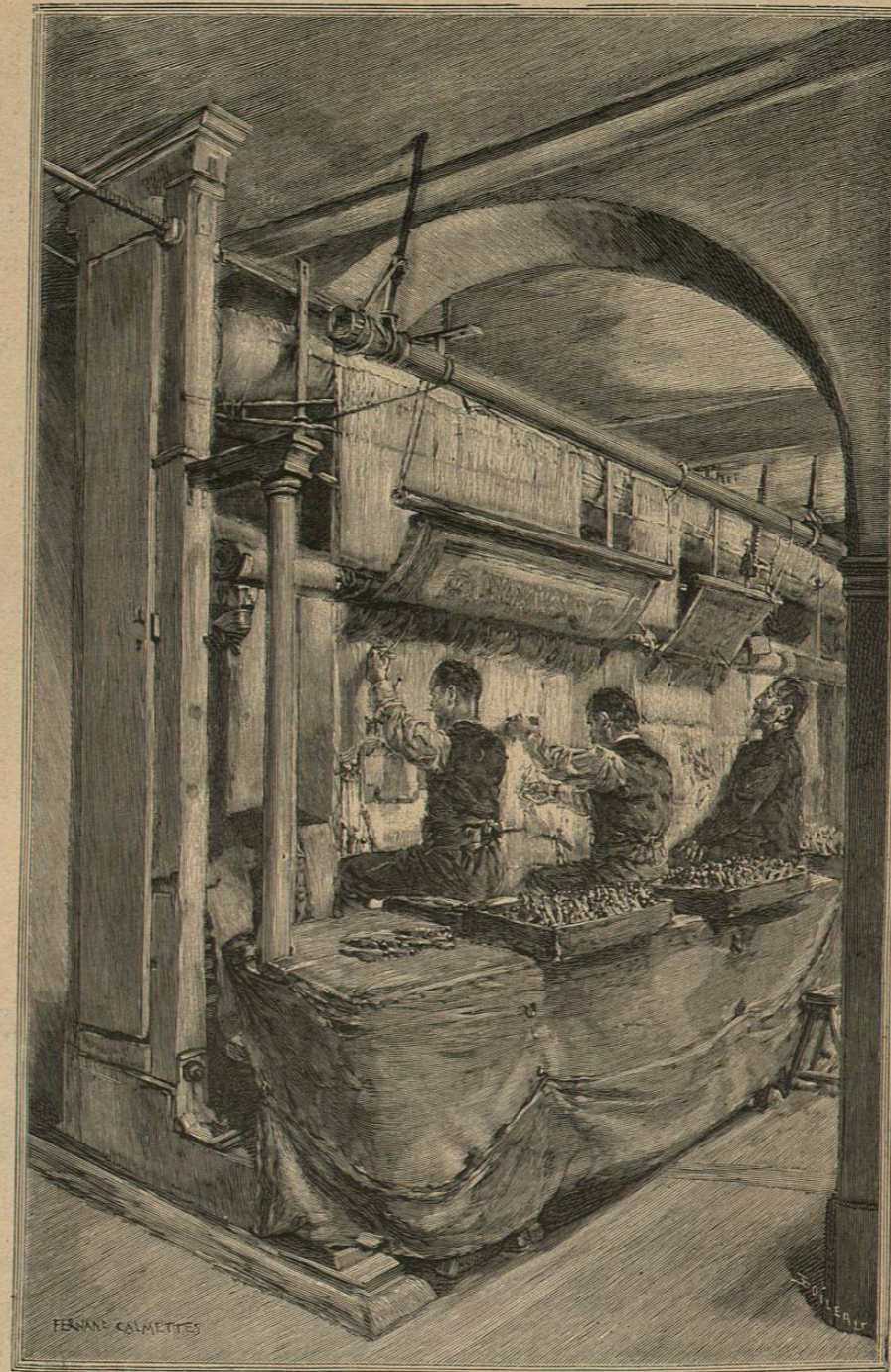
versal están destinadas á cierta sala de la biblioteca nacional, y me temo que produzcan una impresión sofocante.

Las alfombras son muy pesadas para hacer el oficio de los ligeros tapices, hechos para asociarse á la arquitectura, que parece soportarlos fácilmente y sin fatiga.

Ignoro si el ensayo tendrá buen éxito; pero si no da los resultados que se esperan, el arte de la llamada *Jabonería* vendrá á quedar sin empleo.

Los modelos creados para la Exposición universal alcanzan tal grado de finura que se ven en ellos cabezas de una pulgada de altas. Difícilmente llegaría uno á imaginarse, sin haberlo visto, lo que en labor asidua y asidua paciencia cuestan estos detalles de ejecución.

El tapicero de alfombras no trabaja al revés como el artista de tapicería; se coloca enfrente de su obra, pero no tiene menos dificultades que vencer. En la cadena de la urdimbre anuda una serie de puntos de matices diversos, según la forma que se ha de dar; los nudos así yuxtapuestos no dicen nada á los ojos profanos; penden uno al lado del otro, sin que se pueda adivinar el sentido del dibujo que el artista va á encontrar allí. Entonces éste los corta, deja á descubierto los cabos de lana que los componen y hace aparecer, en fin, el dibujo.



Taller de la Jabonería

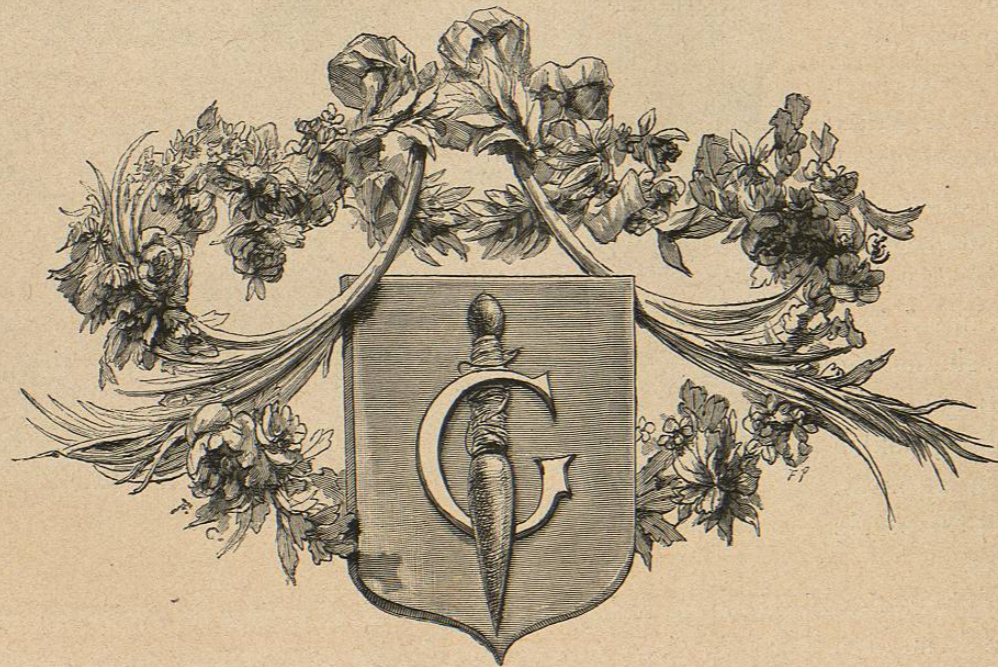
Pero estos cabos, ya libres, después de cortar los nudos, se alojan á su capricho. Si han de dibujar un ojo, los cabos blancos que forman la córnea, el cabo negro que forma la retina, los cabos azules del iris están poco más ó menos en su lugar, pero no entran absolutamente en el sentido de la forma. Entonces el hábil artista comienza su retoque á punta de tijera, obliga á todos estos cabos á tomar su exacto lugar cada uno, los reúne, los aleja ó los acerca, los lleva á la derecha ó á la izquierda, los modela, en una palabra, empleando en tan minuciosa y delicada labor largas horas, sin parar hasta haberse hecho dueño del dibujo. ¿Hay que decir más para hacer comprender la increíble lentitud de este arte?

Convengamos, pues, en que sería una lástima que semejantes obras de arte y de paciencia se destinaran á ser pisoteadas. Pero si después del ensayo que se va á intentar queda probado que no convienen las alfombras á la decoración de las paredes, ¿qué suerte les espera?

Desaparecer irremisiblemente. Y esto es lo que por desgracia dejan prever, como lo más seguro, las tendencias actuales.

Ahora bien, ¿no hubiera sido mejor mantener, como en otro tiempo, la fabricación de estos productos en los mismos límites de su destino, es decir dejar las alfombras al servicio de los pies, no ponerles un sello de perfección sólo para ofrecerlas á las injurias del calzado? ¿No hubiera valido esto más y aun otros sacrificios que traer el taller á morir de su misma perfección?

FERNANDO CALMETTES.



Los burreros de la calle del Cairo

LA CALLE DEL CAIRO

Uno de los grandes encantos de la Exposición es la facilidad con que se pasa de un país á otro. Las botas de siete leguas no harían viajar con más rapidez. En algunos pasos, la calle del Cairo nos trasporta á Egipto: allí estamos efectivamente. Y si se necesita algún esfuerzo de imaginación, no es ciertamente para persuadirnos de estar á orillas del Nilo, sino al contrario, para recordar que no hemos salido del Campo de Marte.

El éxito de esta exhibición ha sido inmediato y como fulgurante. Una vez desarmados los andamios, mucho antes de la inauguración, era ya popular. Ahora desde por la mañana hasta la noche está siempre lleno de curiosos. Y este éxito es un buen ejemplo, porque no es tan completo, sino por ser enteramente legítimo, y si arrastra á los artistas y á los simples mirones en una común admiración, consiste en la escrupulosa verdad con que se ha reconstituído esta calle egipcia.

Todo es en ella auténtico: las veinticinco casas que la constituyen reproducen exactamente tipos escogidos en el Cairo entre los más característicos. Las hay muy antiguas que recuerdan la época lejana de Tulun, los primeros tiempos de la ciudad; aquellos en que el saledizo del primer piso está incorrectamente puesto sobre las vigas de la planta baja, que á este efecto sobresalen de la pared. Y las hay también de las más recientes, en que las cabezas de vigas se han trasformado en modillones esculpidos y en cuyos adornos puede seguirse la trasformación del gusto árabe. Tímido y sobrio en el origen, viene á ser más variado, más rico y más audaz á medida que está más seguro de sí mismo.

El *mirador* es particular á la casa árabe: es una rejilla que cubre las ventanas y forma balcón sobre la calle. No está labrada en plena tabla como pudiera creerse á primera vista, sino compuesta de piecitas que se ajustan ingeniosamente unas con otras. La